

# NASHER, EL FUTURO GUÍA

Nasher tenía 10 años. Vivía en Shakara, un pueblo a unos kilómetros de El Cairo. Vivía en una casa vieja cercana a un riachuelo donde se agrupaba mucha suciedad porque no había medidas higiénicas. Todo lo tiraban allí o al suelo, era como un gran basurero. Al lado de su casa había escombros de la casa anterior.

Iba a un colegio donde le enseñaban a hacer alfombras que luego los dueños vendían. En el colegio había una época de aprendizaje y cuando ya sabían mirar la guía de cómo tenía que ser la alfombra y hacían a la perfección los nudos, en los tiempos libres iban a las fábricas a hacer alfombras. Nasher también trabajaba vendiendo postales, pirámides de escayola, turbantes... a los turistas, pero con eso no ganaba mucho.

A Nasher le gustaba mucho el fútbol e iba con sus amigos a menudo a un descampado a jugar. En el descampado había un museo, era el museo del papiro. Un papiro es como un papel hecho con una planta que es típica allí. Los antiguos egipcios escribían en el papiro los jeroglíficos y era un método de comunicación. En el museo enseñaban cómo se hacía y el seguimiento que había que llevar a cabo para conseguir un buen papiro.

A ese museo iban muchos turistas y los niños se acercaban allá para que les diesen dinero, caramelos o les hiciesen fotos, pero uno de los trabajadores del museo salía a reñirles y les perseguía para que se fuesen, aunque los turistas seguían divirtiéndose con ellos.

Nasher fue poco tiempo al colegio, pero aprendió bastante y sabía algo de español e inglés porque lo aprendía de los turistas. Desde pequeñito había aprendido muchas cosas de escuchar a los guías que enseñaban todo a los turistas. Aprendió la historia de Egipto y sabía mucho de religión y costumbres porque su padre se lo enseñó todo. Su padre, Abdul, era muy religioso y cumplía estrictamente las normas de la religión islámica. Abdul sabía muy bien los principios de su religión y todos los días estaba dispuesto a ir 5 veces a la mezquita para rezar. Él tenía una marca en la frente como muchos otros musulmanes, porque rezaban de rodillas y se daban con la frente en el suelo.

Cuando Nasher tenía 16 años conoció a un chico que era español, llamado Sergio, con el que se llevaba muy bien. Entre ellos hicieron un trato, Nasher le enseñaba costumbres de su país a Sergio y éste le enseñaba a hablar español con corrección. Sergio se quedaría allí en Egipto unos días porque su padre era arqueólogo y le habían seleccionado para ir a estudiar la construcción de las pirámides.

Nasher por las mañanas iba a buscar a Sergio al hotel donde estaba alojado. El primer día Nasher le llevó a ver las pirámides, de Keops, Kefren y Micerinos. Sergio se quedó impresionado al ver las pirámides y escuchó atentamente lo que le contó Nasher de la historia y las teorías sobre la construcción de las mismas.

Cuando las vieron, Nasher quería enseñarle dónde se había criado y dónde aprendió a hacer alfombras. Cogieron un autobús y a Sergio casi le pilla un coche. El tráfico aquí es algo caótico le explicó Nasher. Sergio no podía creer lo que estaba viendo: gente cruzando por el medio de la carretera, cuatro personas en una moto, gente montada en un carro tirado por un caballo en medio de una autopista... Cuando llegaron a su pueblo, Nasher le contó un poco la historia de allí. Sergio aprendió cómo se hacían las alfombras y se dio cuenta de que era mucho mejor estudiar que trabajar.

Nasher fue a su casa a coger a su caballo para llevar a Sergio a Menfis, que fue la primera capital de Egipto, para que allí viese una estatua muy grande de Ramsés II.

A la vuelta a El Cairo, Nasher llevó a Sergio a un mercado muy grande y famoso, llamado Khan el-Khalili donde vendían especias, cachimbas que eran pipas típicas de allí para fumar, lana, esponjas, chilabas, que eran túnicas que se llevaban mucho allí y casi todo el mundo vestía, y muchas cosas más.

Otro día Nasher tenía preparada una excursión muy interesante en la que había que viajar en barco hasta una ciudad llamada Luxor. Allí verían el templo de Karnak, y le llevaría al Valle de los Reyes. El valle era un lugar donde se encontraban las tumbas de los antiguos reyes egipcios. Cuando terminaron las visitas montaron en calesa.

Se levantaron pronto para viajar hasta Assuán donde verían el Obelisco inacabado y una gran presa. Sergio imaginaba una presa como las que había visto en España pero no, era muy ancha, grande y no se parecía a las que vio anteriormente.

La excursión iba llegando a su fin. Antes de volver a El Cairo fueron a Abu Simbel uno de los destinos que Nasher no podía dejar pasar porque le encantaba. Cuando llegaron, Sergio se quedó como tonto mirando el inmenso templo de Ramsés II y las escrituras jeroglíficas. Allí había 4 colosos de 20 metros cada uno que aludían a los cuatro puntos cardinales y los misterios que encierra el templo. Entre ellos había una puerta que daba paso al interior del templo. Cuando entraron, Nasher le contó que al amanecer los rayos del sol entran por la puerta hasta un santuario que iluminan las estatuas de los dioses, a excepción de Ptah, dios de las tinieblas al que nunca da la luz.

Después de verlo fueron al templo llamado Hathor, con 6 estatuas en la fachada: 4 son de Ramsés y las otras dos de su esposa Nefertari, que era representada como la diosa Hathor: cuernos de vaca, disco solar y dos plumas de avestruz.

Salieron de allí y fueron al puerto a coger un barquito para ir al poblado de los Nubios. Era un pequeño poblado en el que harían varias cosas. Primero montaron en camello, fue una gran experiencia para Sergio. Cuando llegaron a una casa vieron un cocodrilo grande y otro pequeñito al que podían coger. En aquella casa les dieron un té y les hicieron un tatuaje de gena, que es una tinta sacada de una planta especial.

El día estaba terminando y fueron al aeropuerto para volver a El Cairo. Les quedaban 2 días juntos y los iban a disfrutar mucho. Cuando el penúltimo día se dirigían a Alejandría, Sergio le contó a Nasher que había visto una película, llamada Ágora que trataba sobre la famosa biblioteca de Alejandría.

Sergio tenía que volver a El Cairo para hacer la maleta, recoger, ducharse... Ninguno de los dos quería separarse pero el padre de Sergio ya había terminado la expedición y era hora de volver a España.

En la despedida los dos lo pasaron mal, pero cada uno estaba satisfecho con sus nuevos conocimientos y con haberse conocido. Sergio le invitó a ir a España para que utilizase y no olvidase el español que había aprendido.

Nasher agradeció la invitación y no dudaba que algún día iría a España, pero tenía claro que por ahora quería quedarse en Egipto, quería ser guía y enseñar todo lo que él sabía a los turistas. Gracias a ellos él aprendió todo lo que sabía y era hora de agradecerlo.

Isabel García Lapeña, 4º ESO B (*Primer premio del 2º grupo*)